



UNA BIOGRAFÍA DE LA FE APOSTÓLICA

Lección 4: LOS APÓSTOLES ANTE EL CRUCIFICADO QUE HA VENCIDO LA MUERTE (II)

I. RECAPITULACIÓN:

Recordamos que la catequesis busca que los hombres se unan a la fe apostólica y de esta forma puedan penetrar en el conocimiento del misterio de Cristo y unirse a él. De ahí nuestro interés por estudiar y comprender la fe de los Apóstoles.

Pero la fe de los apóstoles no es una realidad cosificada, sino una realidad viva, que tiene un camino de desarrollo, desde el primer momento en que se encuentran con Jesús hasta su perfeccionamiento en Pentecostés. Profesar la fe de los Apóstoles es un camino que es necesario recorrer y la catequesis está al servicio de este camino.

El último día nos centramos en tres puntos: 1) La perseverancia de los Apóstoles en el seguimiento de Cristo hasta la Pasión; 2) El escándalo que supuso para su fe la Cruz de su maestro; 3) Cómo esa misma Cruz se convertiría con la Resurrección en la clave de comprensión del Misterio de Cristo, de toda la Historia de la Salvación y de Dios.

Recordemos algunas cosas de las dichas en esos tres puntos:

1. La perseverancia de los apóstoles en el seguimiento de Cristo hasta la Pasión

1. Los Apóstoles fueron testigos de una tensión creciente entre Jesús y «los judíos», que llegó al límite tras la resurrección de Lázaro. Su perseverancia en el seguimiento de Cristo fue una toma de postura y un acto de fe decisivo.
2. Pusimos como ejemplo de esta perseverancia las palabras de Tomás: **«Vayamos también nosotros a morir con él»**. Por imperfecta que fuese aún, su fe supone un riesgo, no es un juego de ideas.
3. Algunas palabras de Jesús suponen un reconocimiento del mérito y el carácter verdadero y real de la fe de los Apóstoles, aun a pesar de todas sus incoherencias. Palabras como estas: **«Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»**. O también: **«Tuyos eran y tú me los diste; y han guardado tu palabra»**.

Concluimos este punto diciendo que la fe necesita un tiempo prolongado de escucha paciente, de seguimiento real de Cristo, en el que se «padece» la fe y se persevera en sus pruebas.

2. El escándalo de la Cruz

1. Dijimos que la muerte en cruz de Jesús supuso una crisis para la fe de los Apóstoles: **«A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde»**.
2. Más que una separación física y más que el abandono provocado por el miedo, dicha crisis supuso un golpe, un oscurecimiento en la fe. Esto es, un «escándalo».
3. Vimos algunas palabras de Jesús que anunciaban este «escándalo».
4. Y también vimos los detalles de los relatos de la Pasión que muestran la separación.
5. Crisis, oscurecimiento, duda, separación... pero no una ruptura total en la fe apostólica.

3. La Cruz, clave de comprensión del misterio de Dios a partir de la Resurrección.

1. Hicimos unas aclaraciones, distinguiendo entre: «Plenitud de la revelación», «clave de la revelación» y «término de la revelación».

2. Según eso, dijimos que tras la resurrección, la Cruz se convirtió en el punto central donde se esclarece el contenido de verdad de la fe: la filiación de Jesucristo. Así, la Cruz llega a ser la puerta de acceso al misterio de la Trinidad.
3. Y también llega a ser la Cruz el lugar donde se consuma el vínculo de comunión que es la fe: la plena entrega de Dios y el camino de respuesta humana.

Por eso, los acontecimientos de la pasión y muerte en cruz, con la resurrección, se convirtieron en el punto a partir del cual, la humilde fe de los Apóstoles fue transformada en una certera captación del misterio de Cristo y en un vínculo indestructible de amor con él.

La Cruz se convirtió, con la Resurrección, en la gran revelación, en la gran palabra de Dios ante la que responde la fe. Y justamente así vista, como esta gran revelación en la humillación, a la luz del Antiguo Testamento y, sobre todo a la luz de la Resurrección, es como aparece testimoniada por Juan.

*** **

Hasta aquí un resumen de lo que vimos el último día. Sigamos hoy adelante con lo que supuso el acontecimiento de la Pasión y Muerte en Cruz para los apóstoles, con la guía del cuarto evangelio.

II. EL TESTIMONIO DEL «DISCÍPULO AMADO»

Todo el relato se presenta como el testimonio personal de Juan, pero un testimonio que aparece en tres planos, al menos: A) Lo que ocurre, hechos y palabras; B) Lo que significa lo que ocurre, que solo se esclarece a la luz de la Resurrección, que no es sino la expresión del amor de Dios y su valor salvífico; C) La relación de lo que ocurre con la Escritura (AT) y con toda la trayectoria anterior de Jesús (su persona y su vida).

El testimonio del discípulo amado es fundamental porque, en realidad, es él quien puede, de los Doce, dar testimonio en primera persona de aquellos hechos que serán determinantes para la comprensión del misterio de Cristo y para la vida de fe. Seguramente los otros vieron las cosas desde lejos. Pero él estaba allí junto a María y las otras mujeres. Así pues, el testimonio de los Apóstoles sobre los hechos centrales de la muerte de Cristo depende en parte del testimonio de Juan. Esta dependencia del testimonio de otro muestra que la fe apostólica es, desde el principio, no un acto meramente individual, sino eclesial. Todos dependen un poco del amor de Juan y de su testimonio, como hasta aquí todos han dependido un poco del acto de fe de Simón.

No podemos hacer un estudio completo de los relatos de la Pasión en el cuarto Evangelio. Pero señalemos cuatro claves:

1. LAS CLAVES DEL TESTIMONIO DE JUAN, LAS CLAVES DEL RELATO

Primera clave. Juan subraya la libertad con la que Jesús se entrega a la Pasión y muerte. Su relato está lleno de detalles que muestran a Jesús como quien domina la situación y como quien libremente se pone en manos de sus enemigos y se entrega a la muerte. Con razón se ha dicho que el Jesús humillado, crucificado y muerto del cuarto evangelio aparece como un verdadero rey, como un verdadero soberano, porque se entrega libremente. Esto no quita un ápice de realismo a la pasión, al dolor, al sufrimiento y a la oscuridad de Cristo. La realeza de Cristo, la libertad con la que se ofrece, no le quita dolor. Lo que sí hace es darnos la certeza de que aquel que sufre lo hace por propia voluntad. Y, si eso es así, cabe preguntar: ¿por qué? La respuesta nos lleva a la segunda clave. Pero comentemos antes un detalle curioso que tiene que ver con la presentación que hace Juan de la soberanía

de Cristo cuando entrega su vida. Es el detalle del letrero que Pilato manda colocar sobre la cruz («**Jesús Nazareno, Rey de los Judíos**»). El letrero expone la causa de la condena, tal como era registrada en los archivos romanos. Y parece una proclamación solemne de la realeza de Jesús¹. Viene a decir: «Este muere por ser el rey de los judíos». No es que Pilato creyera en su realeza, es una forma, más bien cínica, de vengarse del Sanedrín, que enseguida reclama otro registro de la causa de la muerte: no digas, vienen a decir que este muere por ser el rey de los judíos, sino por afirmar que lo es.

Segunda clave. Vamos al versículo que abre el relato de la Pasión: «**Jesús [...] habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo**» (Jn 13,1). Estas palabras nos dan la clave interpretativa de todo el relato: Jesús se entrega a la muerte movido por el amor a «los suyos».

Eso implica una tercera clave: si se entrega por amor, se entregará buscando un beneficio para aquellos a los que ama y por quienes se entrega. Se entrega para otorgar la salvación a aquellos a los que ama. Se trata del valor salvífico de la Cruz que se expresa en múltiples detalles, por ejemplo el día y la hora en que Jesús es entregado por Pilato a los planes homicidas del Sanedrín: «**Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta**». La hora sexta de la Parasceve era la hora en que se iniciaba de forma oficial la fiesta de la Pascua con el sacrificio en el templo de los corderos que se consumirían a la noche. Claramente aparece Jesús como el cordero que es sacrificado para dar la vida al mundo, lo que ya había sido anunciado en los inicios del Evangelio por boca del Bautista: «**He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo**» (Jn 1, 29). Una vez muerto Jesús, el cuarto evangelio vuelve a mostrarlo como el verdadero cordero pascual, cuando dice que no le quebraron las piernas «**para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán hueso alguno”**» (Jn 19,36), haciendo referencia al cordero de la pascua antigua y al cordero de la cena pascual (Cf. Ex 12,46 —LXX— y Sal 34,21). Otro ejemplo de esta clave salvífica con la que Juan da testimonio de lo que ha visto: Jesús crucificado es «elevado» y «traspasado» y así se convierte en fuente de vida para quien cree en él. Estos dos temas, ser elevado y ser traspasado, recorren en realidad todo el cuarto evangelio, al igual que el tema del «cordero».

¹ Cf. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* II, 246-248. En especial: «En Jesús, sin embargo, el tipo de delito es diferente al de los otros dos, que tal vez habían participado con Barrabás en su insurrección. Pilato sabe muy bien que Jesús no había pensado en algo como eso y, por ello, en la inscripción para la cruz define el “delito” de manera singular: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos” (Jn 19,19). Hasta aquel momento Jesús había evitado el título de Mesías o de rey, o bien lo había puesto inmediatamente en relación con su Pasión (Mc 8,27-31). Ahora el título de Rey puede aparecer delante de todos. En las tres grandes lenguas de entonces, Jesús es proclamado rey públicamente.

Elevado y traspasado, el agua y la sangre, serán elementos muy importantes para reinterpretar aquel pasaje de la Escritura: «**Maldito el que cuelga de un madero**». San Pablo alude a este pasaje ya interpretado por el testimonio apostólico cuando dice: «**Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros, pues está escrito: Maldito todo el que esté colgado de un madero**» (Gal 3,13; Cf. Dt 21,23).

Pero volvamos de la tercera a la segunda clave: Cristo se entrega como un cordero para salvarnos, toma sobre sí la maldición del pecado, es elevado y traspasado por amor.

La clave del amor enmarca toda la Pasión. La Pasión se abre haciendo referencia a este amor, como ya hemos dicho: «Jesús [...] habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». También la conclusión de la Pasión hace referencia al amor. Las últimas palabras de Jesús son: «**Todo está cumplido**». ¿Qué se ha cumplido? Como veremos enseguida se ha cumplido el plan de Dios, anunciado de antemano en las Escrituras, que consistía en la realización y expresión máxima de su amor. Estas últimas palabras de Jesús hacen también referencia al amor. Incluso el verbo «está cumplido» se relaciona con la expresión «les amó *hasta el extremo*». En el texto griego amar «hasta el extremo» es amar «hasta el final»; y «estar cumplido» es también «haber llegado hasta el final». Por lo tanto, este amor enmarca toda la pasión y muerte de Cristo y es su verdadera clave de comprensión. Él se entrega libremente como un rey soberano, se entrega para salvar al hombre del pecado, tomando sobre sí la maldición del pecado, y lo hace por amor.

Sobre la conexión entre las palabras que abren el relato de la Pasión y las que lo cierran, os traigo unas palabras de Benedicto XVI:

Para Juan, la última palabra de Jesús fue: «Está cumplido» (19,30). En el texto griego, esta palabra (*tetélestai*) remite hacia atrás, al principio de la Pasión, a la hora del lavatorio de los pies, cuyo relato introduce el evangelista subrayando que Jesús amó a los suyos «hasta el extremo (*télos*)» (13,1). Este «fin», este extremo cumplimiento del amor se alcanza ahora, en el momento de la muerte. Él ha ido realmente hasta el final, hasta el límite y más allá del límite. Él ha realizado la totalidad del amor, se ha dado a sí mismo².

² BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 260

Cuarta clave. El relato expresa, desde el principio hasta el fin, que Jesús sigue un plan trazado de antemano. Siguiendo ese plan, Jesús cumple la voluntad de su Padre. Este hecho se deja ver, por ejemplo, en todas las referencias que el relato hace al Antiguo Testamento. ¿Qué significan todas estas referencias? Que lo que ocurre no es fruto de la casualidad, ni de la mera maldad o empecinamiento de las autoridades judías, sino que es el estricto cumplimiento del plan de Dios. Si volvemos al primer versículo que abre la Pasión, vemos ya allí expresado que la pasión responde al plan divino: **«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»** (Jn 13,1). La hora de pasar de este mundo al Padre es la hora de la muerte y es la hora para la que ha venido a este mundo: **«Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué voy a decir: ¡Padre, líbrame de esta hora!? Pero ¡si para esto he llegado hasta aquí! ¡Padre, glorifica tu nombre»** (Jn 12,27-28a). Y en el momento de la muerte leemos: **«Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”. E inclinando la cabeza entregó el espíritu»** (Jn 19,30). Solo después de cumplir todo lo previsto, Jesús entrega su espíritu.

Estas cuatro claves van reapareciendo constantemente a lo largo del relato.

2. EL TESTIMONIO DE JUAN Y SU RECLAMO DE LA FE.

El testimonio de san Juan sobre la muerte de Cristo se cierra con dos afirmaciones: 1) que las cosas narradas son atestiguadas por el que las vio, el propio evangelista; 2) que su testimonio es una invitación a hacer un acto de fe: **«El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis»** (Jn 19, 35).

Ahora cabría hacerse dos preguntas:

- A) ¿Cuál es el fundamento de la invitación a creer?
- B) ¿Cuál es el objeto y el alcance de la fe que se propone?

A) Cuando el Apóstol dice: **«El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido y él sabe que dice la verdad...»** (Jn 19, 35), ¿a qué cosas se refiere?, ¿al último detalle que ha contado, el de la lanzada, el agua y la sangre o a todo el conjunto de la Crucifixión y Muerte?

El contexto (sobre todo por cómo continúa en el v. 36) hace entender que el Apóstol se refiere al detalle de la lanzada, de la sangre y el agua, pero es también una especie de broche de todo el relato. Aunque lo que afirma ver y atestiguar se refiera, en primer término, al detalle de la lanzada, del agua y de la sangre, estos elementos afectan a la interpretación de la Pasión y la Cruz entendidos en su globalidad. Por eso me parece que la afirmación de Juan —«**el que lo vio da testimonio y su testimonio es válido y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis**»—, hay que entenderla, en último término, como dicha de todo el relato de la Crucifixión y Muerte de Jesús.

Por tanto, volvemos a la pregunta: ¿Qué es lo que Juan dice haber visto, aquello de lo que da testimonio y ofrece como punto de partida para la fe, como invitación o provocación para la fe?: Todos los hechos narrados, hechos y palabras, relativos a la Pasión, la Crucifixión y la Muerte. Se da testimonio de estos hechos como punto de partida para la fe. Aquí hay algo extraño, porque estos hechos supusieron una crisis en la fe de los apóstoles, ¿cómo es que Juan nos los ofrece como punto de partida de nuestra fe?

Si se ofrecen como testimonio para la fe es porque se trata de los acontecimientos que afectan al Resucitado. Si no, los hechos quedarían sencillamente silenciados por la tristeza y la nostalgia, cuanto no por la vergüenza y el sentimiento de fracaso o de engaño. Los hechos de la muerte de Cristo no se ofrecerían como testimonio para la fe de nadie, si no se refiriesen a quien vive, y si no se entendiesen, justamente así, como verdaderamente salvíficos.

Aquí conviene matizar algo. La Salvación no es solo el hecho de la resurrección. Juan testimonia los hechos de la muerte en cruz como hechos salvíficos. Son salvíficos por la Resurrección, cierto, pero lo son ellos mismos. Esto es muy importante. La Cruz no es un mero trámite para la Resurrección, como muchas veces se presenta. Es verdad que sin la Resurrección no sería sino «maldición», pero ahora, si es la Cruz del resucitado, ella misma está llena de «bendición». Se deja ver ya aquí algo que tendremos que hacer notar más tarde: la intrínseca unidad entre muerte y resurrección en la única persona de Cristo.

B) Pero la clave es preguntarse sobre el alcance de la fe que el testimonio de Juan espera alcanzar: «**para que también vosotros creáis**». Al llegar a este punto de su relato, ¿qué espera Juan que creamos? Una primera respuesta sintética sería esta: Espera que creamos que los hechos narrados han acaecido de verdad, y que se dicen de Jesús, el Verbo «que se ha hecho carne» y que ha resucitado.

Ahora intentemos ahondar en lo que esto significa y llegar a una nueva respuesta más acertada.

Juan no espera que creamos que un hombre haya muerto injustamente o que el Hijo de Dios esté vivo, porque no es ese el hecho crucial que nos trae la salvación, sino que el Hijo de Dios haya sufrido la muerte del hombre y el hombre haya vencido la muerte y alcanzado la vida de Dios. Juan no da testimonio de que un hombre justo ha muerto o de que Dios es más fuerte que la muerte. Eso no entraña ninguna novedad, ni se nos ofrecería con ella salvación alguna. Lo que Juan está diciendo es que el Verbo de Dios, el Unigénito, ha amado al hombre y se ha unido a él hasta experimentar la muerte, una muerte total y verdadera, y que así, el hombre verdadero que es Jesús ha vencido la muerte y participa de la vida eterna de Dios como Hijo verdadero.

La pasión y muerte es la narración de la obra del amor de Dios. Una obra que le ha llevado a identificarse con nosotros y con nuestro destino hasta el final. Un amor así realizado y así expresado es ya un reclamo para el hombre.

Hay que volver a subrayar que Juan habla de quien ha resucitado, porque sería un reclamo a la nostalgia si fuese solamente el amor del crucificado, del que murió y quedó muerto. Solo podría producir tristeza si un amor tan extremo fuese solo un amor que murió y que ha quedado en el pasado.

Lo que Juan propone a la fe no es un hermoso amor muerto, sino un amor que se ha vaciado del todo en la Cruz y que ahora vive para siempre. Ese amor, o mejor, la persona que allí realizó y manifestó humanamente ese amor, es lo que se ofrece a la inteligencia, a la voluntad y al afecto del hombre, para que el hombre le dé fe, para que el hombre reconozca la verdad de este amor, lo acoja y se entregue a él, para que el hombre reconozca en Cristo, en aquel que murió en la Cruz, al Dios que ha asumido la muerte por él y ahora vive.

Los hechos narrados dan testimonio del amor de alguien, del Hijo de Dios. Este amor puesto en acto humanamente es la verdadera llamada a la fe. Cristo, que ha perfeccionado y consumado su amor en la cruz, es la verdadera llamada a la fe.

Nos preguntamos: ¿qué espera Juan que creamos cuando dice que testimonia todo esto «para que también vosotros creáis»? La respuesta es esta: Juan no espera que creamos esto o aquello, espera que demos fe a Jesucristo, a su persona, con su identidad y su obra. Espera que demos fe a Jesucristo, que lo acojamos y nos entreguemos a él.

3. DE LA CONTEMPLACIÓN AL TESTIMONIO

Hemos subrayado varias veces dos de los aspectos de la fe. Decíamos que la fe nos consigue un conocimiento cierto de la verdad de Cristo y nos une a él.

Y decíamos que la Cruz de Cristo va a ser determinante para ambos aspectos de la realidad de la fe.

Un ejemplo del cómo la Cruz será determinante para entender la verdad del misterio de Cristo. Después de la muerte de los Apóstoles, cuando los «racionalismos» de aquella época se escandalicen ante la Cruz y proclamen que la humanidad del Verbo no era más que una especie de máscara (*prósopon*) con la que el Verbo *representó* una vida humana, los receptores del testimonio apostólico dirán: no, la realidad de la cruz, la realidad a la que se refiere el testimonio de Juan, no fue una *representación*, no fue mera *apariencia*, sino realidad profunda: allí realmente la divinidad, el Verbo eterno, el Unigénito, sufrió la muerte en una humanidad verdaderamente asumida. Allí realmente el Verbo se entregó hasta el final en la humanidad a la que se había unido y, más aún, allí el Verbo llevó a su perfección a la humanidad asumida y la hizo capaz de la resurrección. En este momento la realidad de la Cruz va a ser determinante para entender la verdad del misterio de la Encarnación: que el Hijo de Dios no ha tomado simplemente un cuerpo a modo de vestido o de máscara, para enseñarnos algo o decirnos algo, y luego dejarlo, sino que realmente se ha hecho hombre y ha asumido al hombre para siempre.

Un ejemplo, ahora, de cómo la Cruz es determinante para conseguirnos una verdadera comunión entre Dios y el fiel. Si la Cruz es realmente el acontecimiento de la entrega total del hombre-Dios, del amor en acto del hombre-Dios, entonces también ella reclama la acogida del hombre y su propia entrega. De ahí que la contemplación de la Cruz llame a la fe; que la fe convierta la contemplación en testimonio; que el testimonio de la Cruz se convierta en entrega de la vida, que tenga la lógica del martirio. El contenido del testimonio se sella con la propia entrega, con el martirio, que es, a un tiempo, un acto supremo de credibilidad y una forma de entrega a aquel que se ha entregado por nosotros.

Si nos damos cuenta, al narrar la pasión, el Apóstol Juan deja de aparecer como sencillo narrador para convertirse en un testigo. De repente no solo narra, sino que reclama la fe de quien le escucha: «**para que también vosotros creáis**». Juan, tras la resurrección, teniendo a la vista la Pasión y la Muerte en Cruz, ha dado fe a Jesús,

se ha llevado a cabo la comunión entre él y Jesús, y se ha convertido en su testigo y ha consagrado su vida a este testimonio.

Nosotros nos preguntábamos en esta asignatura sobre el progreso de la fe de los apóstoles y aquí vemos un paso decisivo: la contemplación de la Cruz se ha convertido en el punto culminante en el que, después de la resurrección, el Apóstol da fe. Esa fe le une estrechamente a su Señor y, al tiempo, lo convierte en testigo, un testigo que entrega la vida.

4. EL VALOR DEL TESTIMONIO DEL DISCÍPULO AMADO PARA LA FE APOSTÓLICA.

¿Qué aporta a la fe de los Apóstoles el testimonio del discípulo amado? La certeza de la entrega total en su humanidad del Verbo al hombre, el desvelamiento de su misterio, la apertura total que permite la comunión con él y la llamada más impetuosa y viva, a la vez que mansa, a esta comunión.

La Cruz que testimonia san Juan significa el desvelamiento del misterio de Dios para el hombre y la apertura a ese misterio. Con palabras de Benedicto XVI: **«Dios mismo ha quitado el velo, en el Crucificado se ha manifestado como el que ama hasta la muerte. El acceso a Dios está libre»**³.

A) El testimonio de Juan supuso para la fe de los apóstoles una mejor comprensión de la verdad de la encarnación y de la verdad sobre Dios.

A partir de los hechos de la Pasión y Muerte entendieron que Dios había llevado a cabo una verdadera encarnación, que había asumido el destino del hombre como su propio destino, que había llevado hasta sus últimas consecuencias aquello dicho ya en el Éxodo: **«Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»**. Las palabras que leemos en el prólogo del Evangelio, **«El Verbo se hizo carne»** (Jn 1,14), palabras llenas de solemnidad, no se terminan de entender sino al contemplar el testimonio de la Cruz. Y la comprensión de la verdad sobre la encarnación del Hijo de Dios es la comprensión de la verdad increíble del amor de Dios por el hombre.

Este testimonio lleva consigo también una comprensión más profunda de la verdad de Dios. A partir de la culminación de la revelación del amor de Dios al hombre en la humanidad de su Hijo, Juan llegará a la máxima revelación del ser

³ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 245

mismo de Dios: «**Dios es amor**» (1 Jn 4,8). Y con esta afirmación dará la clave para unir la fe en el Dios Único con el Dios Trino. Solo la comprensión de Dios como amor puede hacer compatibles las dos afirmaciones: que Dios es Uno y que es Trino. Al tiempo, solo la Trinidad de personas puede hacer comprensible que Dios sea amor en sí mismo. No solo que sea capaz de amar lo que está fuera de sí, sino que en sí mismo sea amor. Si en Dios no hubiese ninguna alteridad, no podría ser definido su ser como amor.

Amor y Trinidad dan la clave para entender también el destino del hombre respecto al amor de Dios, como de una realidad que es capaz de introducirnos en la unidad y comunión de su ser. Si Dios no fuese Trinidad, el hombre siempre quedaría frente a Dios, no podría entrar a participar de su ser.

Estas son las consecuencias que el testimonio de Juan tiene sobre el contenido de verdad de la fe apostólica, un contenido de verdad que se empieza a comprender en vida de los Apóstoles, pero que se irá desplegando poco a poco tras la muerte de los Apóstoles, ya en el proceso de la Tradición.

B) Y este testimonio de entrega total del Unigénito implica también un reclamo del hombre entero.

Una consagración absoluta de todo lo que es del hombre. La fe consagra al hombre entero para Dios, exige de él —si se quiere hablar así— una entrega total. Eso es lo que se significa en el Bautismo: la participación de la muerte de Cristo es participación de su vida y es una consagración de todo lo que es propio del cristiano, sea luego llamado a la vida consagrada o al matrimonio. El Bautismo es una participación en la Cruz del Resucitado y, como tal, una llamada a la santidad verdadera, a la entrega total de todo lo que le es propio como hombre: inteligencia, voluntad, afecto, historia, familia...

*** **

Así hemos dado cuenta, siguiendo el relato del cuarto evangelio, de lo que la pasión y muerte de Cristo supusieron para la fe de los apóstoles. En el próximo encuentro avanzaremos en la comprensión de esta biografía de la fe apostólica, mostrando el paso que darán con la resurrección de Cristo.

P. Enrique Santayana C.O.

